

Listón blanco

María Fernanda Vázquez Flores

Lingüística y literatura hispánica

maría.vazquezfl@alumno.buap.mx

Iba tarde, como siempre iba tarde, qué novedad. Se me hizo tarde por estar arreglándome para ti, para ti que no te conozco, para ti que volteas a ver a todas las mujeres, las analizas de pies a cabeza, siempre desde abajo porque te gusta tener referencia visual, para que puedas llegar a casa y te puedas masturbar. En el recuerdo de esa mirada tenebrosa, en esas lágrimas que no lograron salir, en esos gritos de auxilios que no alcanzaron a ser escuchados.

Para mi fortuna, ese día te provoqué, me puse un vestido vino, solo un poco arriba de la rodilla y tenis blancos, me hice una cola de caballo alta y para combinar, un listón blanco.

Bajo el sol caminaba, sentía como mi cabello volaba y mi listón lo acompañaba, iba al ritmo de mis pies, ambos blancos, limpios y pulcros. Eso fue lo que más te gustó.

Tú me viste desde lejos, te gustaron mis piernas, te gustó como la tela de mi vestido escurría por mis caderas, según tú, eran caderas y piernas de mujer, cuando yo solo era una niña. Aun así, te gusté, no es a lo que estabas acostumbrado, pero yo irradiaba inocencia y tu perversión, es la perfecta combinación, te gustaron mis ojos, solo podías imaginarlos encima de ti, tan abiertos, sin parpadear, gritando sin gritar, solo mis ojos, solo yo.

No dejaste de seguirme durante calles, sin importar lo rápido que caminara, eras más veloz, incluso más veloz que mi sombra. Sentía tu respiración en la nuca, es el último olor que recuerdo, tan asqueroso, tan cerca, tan sucio, tan perverso, tan tuyo.

Solo de un momento a otro ya estabas frente mío, no te podía mirar, mucho menos te podría apartar, estaba resignada a perder esta lucha, sin importar qué, me ibas a ganar, no iba a importar lo mucho que gritara, pateara y te insultara, era causa perdida, tú ya habías decidido que era tuya, que harías todo, hasta terminar en nada de mí.

Me acorralaste en un callejón, ¿cómo es posible que nadie viera? Era una cálida mañana en la que me dirigía la escuela, pero parecía que ya era de noche, a pesar de sol y calor, yo solo sentía frío y oscuridad. Comenzaste acariciándome la cara, luego, casi como si se tratara de magia, me quitaste mi listón, tan rápido que no sentí como me tirabas del cabello, fue con una ternura tal, que me daban ganas de vomitar, te acercaste a mí y me susurraste:

- “Todas las muchachas bonitas, son mías.”

No supe qué decir, no pude ni dar un paso, no podía ni respirar, no sé de dónde saqué fuerza y valor, pero te pateé en la entrepierna, salí corriendo, tampoco sé de dónde sacaste

fuerza tú, porque de inmediato me alcanzaste, me tomaste fuertemente del brazo y de nuevo me pusiste entre las paredes; un callejón sin salida, sacaste una navaja, entre lágrimas te supliqué que no me hicieras nada, solo te reíste, para después articular lo que sería el comienzo de mi pesadilla:

- “Debes estar igual de feliz que yo, hoy por fin serás mujer.”

Después de tales palabras, te encargaste de tallarme una sonrisa de oreja a oreja con tu navaja, no sentí dolor, el miedo se llevó toda sensación, solo podía pensar que en la mañana no me despedí de mamá y nunca lo podría hacer, todo gracias a ti, a ti que me robaste las risas, te robaste las lágrimas, te robaste los gritos y el miedo, a ti que me robaste mis tardes viendo películas, me robaste las tardes en la que iba a jugar a casa de Melissa, me robaste el primer beso que nunca daré, me robaste mi primer amor, me robaste mi primer corazón roto, me robaste mi graduación, me robaste besar a mi madre cada noche antes de dormir, me robaste las peleas y juegos absurdos con mis hermanos, me robaste los fines de semana con mis abuelos, me robaste mis sueños, tú, que me robaste la vida. ☀